
Elena Ruibal

Licenciada en Letras. Profesora de
Literatura Española y Didáctica de la
Literatura en la Universidad de
Montevideo y en el Instituto de
Profesores Artigas

Alonso Quijano, vencedor de sí mismo

Esta exposición se centra, desde el punto de vista temático, en el “curso vital” del hidalgo, donde principia la vida del caballero andante, y en el discurso que concluye con dos muertes: la de Alonso Quijano y la de Don Quijote de la Mancha. Nacido de la imaginación creadora –que es expresión de voluntad– de Quijano, el caballero deviene sujeto por la palabra y por la acción. Palabra que transforma y ordena su realidad íntima; acción que configura otra realidad que es imperio de la justicia, el honor y las más altas virtudes del hombre. Este mundo nuevo que se origina en el en el deseo de Alonso Quijano/Don Quijote, alcanza su legitimación por medio del diálogo –tanto palabra como razón compartida–, del encuentro de subjetividades que en la disparidad de confirman.

This paper focuses, from a thematic viewpoint, on the hidalgo’s “career”, at the point where the life of the knight errant begins, and on the speech which concludes with two deaths: that of *Alonso Quijano* and that of *Don Quijote de la Mancha*. Born of Quijano’s creative imagination—the true expression of his will—the knight becomes the subject by means of his words and actions. Words which transform and guide his intimate reality; actions which lead to a further reality, the kingdom of justice, honor and the highest virtues of man. This new world which originates in Alonso Quijano/Don Quijote’s desire, achieves legitimization by means of the communication—as much through words as through shared reasoning—among subjectivities which are confirmed by disparity.

*A los estudiantes de los cursos de Literatura Española,
en la búsqueda de las respuestas*

Cuando en el capítulo 72, sobre el final de la segunda parte de la novela, Don Quijote y Sancho descubren su aldea, desde lo alto de una cuesta, el escudero –de rodillas- exclama:

- *Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede...
-Déjate de esas sandeces –dijo don Quijote- y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar...¹*

Los dos personajes que así se expresan han compartido la vida de la caballería andante, que está tocando a su fin a causa del vencimiento de don Quijote en manos del Caballero de la Blanca Luna, en las playas de Barcelona. Han vivido diversas situaciones en el transcurso de unos tres meses, pero vividos con tal hondura que muy bien podría Cervantes afirmar de su obra, como lo hace unos años después Baltasar Gracián al dirigirse al personaje y a todo lector al mismo tiempo, en su Prólogo a *Criticón*: “El curso de tu vida en un discurso, te presento hoy...”².

En nuestras palabras de hoy, nos centraremos no tanto en la última etapa de ese “curso vital”, sino en el hidalgo que da principio a la vida del caballero andante y a un discurso, que finalmente concluye y cierra la historia con la muerte de ambos. Es este hidalgo, como sabremos más adelante llamado Alonso Quijano el bueno, quien llega al final de su existencia vencedor de sí mismo.

En el capítulo 1 del *Quijote* de 1605, Cervantes presenta al protagonista dando su contexto social y familiar, sus costumbres, sus pasatiempos; una sintética grafopeya acusa los rasgos de ingenio correspondientes a un determinado temperamento, según las ideas de la época. La lanza en desuso es signo de un presente alejado de la gloria de las armas, realidad que se refuerza en la búsqueda y reparación de las mohosas armas de sus antepasados.

¹ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Aguilar, Madrid, 1946, parte II, cap. 72, pág. 1648. Todas las citas de esta obra cervantina han sido tomadas de la edición aquí referida.

² GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*, Prólogo, Editorial “Clásicos Ebro”, Zaragoza, 1975.

Notamos ausencia también de lazos afectivos fuertes, en un entorno si no de pobreza, de escasez y austeridad.

El juego que se establece desde el inicio entre autor- narrador- y lector gira en torno al nombre del personaje, su tierra, y sobre la autoría de la historia. El hidalgo es presentado inmediatamente como lector ávido, obsesionado, pero sobre todo modélico, inaugural, en el sentido de un modo de lectura silenciosa en el ámbito privado e íntimo, que empezaba a ser más frecuente a fines del siglo XVI. En este marco se da lo que podríamos llamar “génesis del caballero andante” llamado don Quijote. Armas, caballo, nombre y dama son elementos para él suficientes para emprender su primera salida, solo; luego se sumará el escudero. El monólogo así se transforma en diálogo, y la novela toda se convierte hasta el final en juego dialéctico y polifónico; Cervantes, como genial maestro de coro, va sumando las voces y los sentidos, cada uno en su momento. La obra cervantina parece decir, parafraseando a Fernando Savater en *El valor de educar*³, que nadie es sujeto en la soledad, se es sujeto entre sujetos, en el intercambio de sentidos.

Aventuras desconcertantes (como la de los batanes o los rebaños), victorias ambiguas (con Andrés y Juan Haldudo o frente a los leones), derrotas grotescas (frente a los mercaderes); concreción del ideal en medio de la farsa por parte de Sancho, como gobernador; y en el caso del caballero andante reafirmación del ideal como sublimación del esfuerzo que se reconoce insuficiente cuando, vencido definitivamente por el bachiller Sansón Carrasco disfrazado de Caballero de la Blanca Luna, debe renunciar a la caballería andante y volver a su casa, desde Barcelona, convertida ya para él en su “Troya”: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad...”, reafirma en ese instante.

En tal contexto, las palabras de Sancho (“vencido de los brazos ajenos, pero vencedor de sí mismo”) pueden ser entendidas desde un punto de vista, diríamos, “negativo” y otro “positivo”, pero que creemos no son excluyentes, sino que ambos quedan de modo latente, para que el lector atento –inmerso en el juego cervantino de los sentidos- pueda llegar tal vez a una conclusión. ¿Don Quijote vencido es la victoria de Alonso Quijano sobre sí mismo?

Reflexionemos acerca de la connotación “negativa”.

La derrota de don Quijote por parte del bachiller pone fin al “curso de su vida” como caballero y a sus ideales como tal. En el capítulo inaugural, el

³ SAVATER, Fernando, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 2004, p. 34.

hidalgo ha creado ese mundo a partir de sus lecturas de los libros de caballería. La literatura produce en ese lector una “alteración”, un movimiento interior (como el que produce siempre en todo lector la palabra poética y que lo lleva a re-construir el significado al entrar en ese universo para ya no ser el mismo).

*Y vuestra Merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos...*⁴ le dirá al canónigo, en el capítulo 50.

El narrador de la historia presenta ese movimiento como un proceso hacia la locura. Tal locura sería pasar de la lectura a la acción, es decir, querer vivir en su tiempo y en su patria lo que había leído en los libros. Sus objetivos son “el servicio de su república”, el aumento de su honra, ir por el mundo “deshaciendo todo género de agravios”, encarnando de esta manera el ideal humanista de adquisición de la virtud a través del ejercicio de las armas, o como dice Juan Ramón Resina en *Los usos del clásico*: “construir un mundo en que la nobleza empobrecida vuelva a tener la función socialmente útil que había tenido antes”⁵.

Pero el curso de su vida como caballero es una sucesión de derrotas, ambigüedades y perspectivas contrapuestas, de encantamientos y desencantos, en los cuales los demás personajes participan para burlarse, para engañarlo, o por seguirle la corriente. El hidalgo crea a través de la palabra un mundo en el que la esencia precede a la existencia de las cosas; el hidalgo nombra, nomina los elementos y así les da existencia en ese nuevo mundo. Ciertamente no crea de la nada, ex nihilo: las armas existen, aunque viejas, y se da una intervención y cierta transformación en ellas, su flaco y débil caballo, él mismo, y la campesina del lugar, de la que alguna vez estuvo enamorado. Pero es su palabra, acción de palabra creadora, la que al nombrar da forma y transforma, ordena y estructura su realidad íntima, y la mantiene a lo largo del curso de su vida como caballero.

Ese mundo creado acaba cuando es vencido en un lance frente a otro caballero, una aparición imprevista que lo sorprende, y debe volver a su aldea renunciando a la caballería. Es vencido dentro de las leyes de ese mundo

⁴ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso...*, parte I, cap. 50, pág. 1364.

⁵ RESINA, Juan Ramón, *Los usos del clásico*, Anthropos, Barcelona, 1991, pág. 210

leído y recreado por él; no sabe que es Sansón Carrasco quien con la excusa de devolverlo a su familia, le impone su realidad, vengando así una derrota anterior.

Por lo tanto, aunque el protagonista califica de “sandeces” las expresiones finales de Sancho, éste traduce lo que en realidad perciben muchos lectores, y también los familiares y allegados del hidalgo: es el fin de las locuras, de las sandeces de la caballería; es la vuelta a la pequeña patria que es la aldea, a lo cotidiano, lejos de los disparatados sueños. ¿Es la renuncia a ellos, a los ideales que guiaron sus andanzas? ¿Es una victoria sobre los exagerados proyectos de vida? ¿Es el acomodarse a una realidad cotidiana —que está muy lejos de “la dorada medianía” estoica, tópico tan presente en la literatura del Siglo de Oro—, realidad que el ama sintetiza magníficamente en el capítulo 73: “Mire, señor, tome mi consejo, que no se lo doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas y sobre los cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánimo si mal le fuere”⁶.

El último capítulo parece dar la afirmativa por respuesta, ya que el sueño en que se ha sumido el hidalgo —y que otras veces ha sido reparador del cuerpo y del ánimo del personaje— lo hace recobrar la lucidez, para morir “desengañado”, por obra de la misericordia divina. El “vencedor de sí mismo” resuena como la posibilidad de asumirse y asumir la realidad, dejando afuera toda locura o despropósito.

La crítica romántica —que no perdona a Cervantes ese gesto final que desemboca en la muerte del hidalgo, ya muerto el caballero andante— vio la distancia establecida, e inabarcable, entre la realidad y los sueños.

Pero decíamos que al mismo tiempo era posible una interpretación positiva de las discretas palabras de Sancho. Y esto es posible profundizando en el nacimiento del personaje, en el capítulo inicial, y comprendiendo la narración de su historia como el “curso de una vida”, además de un juego literario.

Hemos dicho “el nacimiento del personaje” sin precisar intencionadamente si nos referíamos a Alonso Quijano o a don Quijote (que también nace terminando el capítulo primero). Nace la criatura cervantina, el hidalgo manchego; y en el comienzo de su existencia como personaje, Cervantes lo presenta en dos escenarios, o dominios, según los escolásticos: el hacer y el actuar, si tomamos palabras de Jacques Maritain en *Arte y escolástica*. En el “hacer”, dominio del arte, de la acción productora, cuando piensa en hacerse

⁶ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso...*, parte II, cap. 73, pág. 1651.

escritor y escribir él mismo las aventuras caballerescas que tanto le apasionan. También cuando imagina y crea el discurso del gigante vencido por su brazo, poniéndose al servicio de su dama; ya está “escribiendo”, a partir de sus hechos, la historia. Su otro nacimiento, al comenzar su vida de caballero andante, se da en el segundo escenario: el del “actuar”, dominio de la prudencia –la discreción, tomando un término cervantino– que, siguiendo al autor citado Jacques Maritain, “consiste en el uso libre de nuestras facultades o en el ejercicio de nuestro libre arbitrio, considerado no en relación a las cosas por ellas mismas, sino en relación al uso que hacemos de nuestra libertad”⁷. En realidad, los dos dominios (el hacer y el actuar) se entrecruzan por el genio de Cervantes que desde el comienzo permite a su personaje imaginar lo que escribirán sobre sus hazañas, y le permitirá comprenderse más adelante como personaje que a través de su acción de vida se convierte en personaje literario, torciendo incluso el determinismo de lo que ya está escrito sobre él.

Ambos nacimientos, en tales dominios, se dan en un tiempo determinado. Leyendo el párrafo inicial, sabemos que el hidalgo tiene cincuenta años, edad avanzada para la época y para el contexto socioeconómico de la región de La Mancha: la expectativa de vida rondaba los treinta años en esa región, de las más pobres y despobladas de la península. El dato de la edad es aún más significativo en relación a los protagonistas de los libros de caballería, obviamente mucho más jóvenes.

Para todos los lectores, de todas las épocas, Alonso Quijano nace a los cincuenta años, ya que el narrador ha seleccionado muy bien la información que quiere dar, y no hay ningún dato de su pre-historia, de sus padres, de su vida hasta llegar a ese momento, cuando el relato comienza “in media res”. La información es claramente manipulada o fragmentada explícitamente, como cuando dice: “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Vemos, por lo tanto, que a una edad en la que se supone podría esperar tranquilo el fin de sus días, este hidalgo manchego ve la luz, para proyectarse hacia el futuro con la creación de sí mismo como caballero andante. Y así vemos dos nacimientos en el capítulo primero, como veremos dos muertes en el último. Casi cincuenta años tiene el ama, y en la cincuentena está también el creador de la novela cuando la engendra. Sabemos también que en el Siglo de Oro, teniendo presente “lo que creyeron vanamente los filósofos antiguos” se aludía aún a la rueda del tiempo, de tal modo que cada planeta, y cada diez años, regía una edad con la influencia correspondiente en

⁷ MARITAIN, Jacques, *Art et Scolastique*, cap. III, Louie Rouart et file Éditeurs, Paris, 3ème. edición, 1935.

la persona. Por ejemplo, así en la niñez, la luna; de los veinte a los treinta, Venus; de los treinta a los cuarenta, el Sol, “con sus rayos de lucimiento”; los cincuenta años estaban regidos por Júpiter: “el hombre es señor de sus acciones, obra con señorío, no lleva bien el ser gobernado por otros, ejecuta sus dictámenes. Toma por sí las resoluciones, sábase gobernar, habla con autoridad. A esta edad la coronaron por reina de las otras, llamándola el mejor tercio de la vida”⁸, dirá Baltasar Gracián, en *El Criticón*.

Nuestro hidalgo está, pues, en la edad en que es “señor de sus acciones y toma por sí las resoluciones”. ¡Y vaya que lo hará con la decisión de hacerse caballero andante! Es emprender un nuevo plan de vida, en el transcurso del cual va conociendo el mundo y a los otros, al mismo tiempo que conociéndose a sí mismo, siendo cada vez más él mismo. Primera victoria.

Queremos detenernos en este punto, y para ello tomaremos como marco de referencia a Pedro Laín Entralgo, sintetizando algunos aspectos de su obra *La empresa de ser hombre*⁹, una interesante serie de ensayos en los que analiza al hombre en algunos contextos culturales y momentos históricos.

Para Laín Entralgo, ser hombre no significa un modo acabado, un estado invariable, sino “provisional” y “sucesivo”; cuando habla sobre la empresa de ser hombre, se refiere al hombre como sujeto emprendedor de su propia identidad, de su propia historia, tarea que —ya en lo individual, ya en lo genérico— se va realizando en el marco de lo temporal, que podrá ser vivido por unos u otros según su ideología, filosofía o religión, pero que es un marco inexcusable. Ser hombre es serlo en el tiempo y en un tiempo. Este pensador español destaca tres momentos en la empresa de ser hombre. El primero sería la vocación, “arrolladora” o tímida, con obstáculos o sobreponiéndose a ellos. En segundo lugar, la vocación de ser supone la existencia de “instrumentos” para cumplirla: cuerpo, capacidades, talentos, voluntad. Y esto nos lleva al tercer aspecto, el escenario donde se ejercita esa vocación, mediante los instrumentos que poseemos o que se nos ofrecen: el mundo, los otros. El capítulo primero de la novela sería el de la puesta en marcha de tal empresa del protagonista, a partir de la vocación y los instrumentos; la complejidad del escenario se va presentando en el curso de la narración.

Laín Entralgo distingue también entre la *ontopáthesis* o “pasión de ser”, lo que nos es ofrecido o dado, la existencia que está allí; y la *ontopoiesis*, “la creación de ser”, movimiento decisivo del ser humano que deviene en creador, hacedor

⁸ GRACIÁN, Baltasar, *El criticón*, “Crisei 10”.

⁹ LAÍN ENTRALGO, Pedro, *La empresa de ser hombre*, Taurus, Madrid, 1963.

de sí mismo. Llama al hombre: “ontopoeta”, creador del ser. Para él, hacerse hombre en el mundo (o sea, aquello con lo que me encuentro o se me ofrece, o contiene la posibilidad o disposición de producirse o modificarse) puede realizarse sin dificultad, con gusto y facilidad, en la tarea ontopoética; o pueden prevalecer la dificultad y la desazón: el mundo se muestra “desazonado y desazonante” al mismo tiempo.

El hombre se hace, pues, hombre en el tiempo, hombre entre cosas y hombre entre hombres; pero también se destaca en la obra citada que no hay “hombredad” sin la tarea de conquistar de cuando en cuando esa ascética soledad con uno mismo, conquistarse a sí mismo. Sin necesidad de ser sabio o filósofo, cada hombre lo puede hacer en el ejercicio digno de su vida y de su libertad. Mas allá de toda experiencia en el mundo, desasido de toda experiencia histórica, saber quién soy yo, para volver luego al mundo y a la historia. Este gesto de desasimiento permite potenciar activamente a la persona. Queda el hombre consigo mismo, con sus creencias y sus objetivos, en la empresa de ser cada vez más hombre. “Yo soy yo y aquello a lo que no puedo renunciar sin deshacerme en el vértigo”¹⁰, dice el ensayista español. El hombre gana así “libertad de” y “libertad para”, dispuesto para lo que constituye su vocación, en lo individual y en lo genérico. La vida pasa a ser libre compromiso, libre misión. Cuando el hombre existe sobre la tierra cumpliendo libremente su vocación personal, toda vida -por más humilde e insignificante que sea- es obra original, es creación, es ontopoiesis, agrega el autor.

“Yo sé quién soy y sé que puedo ser no solamente lo que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia y aún los Nueve de la Fama...”¹¹, dice Alonso Quijano a su vecino en el capítulo 5, cuando a pesar de su primera derrota, el mundo se le aparece aún a su vocación como escenario para la transformación. Y se ejercita en su empresa de ser, entre los simples que se muestran azorados o incrédulos, entre los bachilleres escépticos, los duques burlones, y los encantadores de siempre que buscan minar la voluntad. Por momentos, la estatura del personaje parece encarnar la actitud que alaban aquellos versos de Horacio: “Las ruinas del mundo le caerían encima y permanecería incólume”¹².

¹⁰ LAÍN ENTRALGO, Pedro, *La empresa...*, pág. 11.

¹¹ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso...*, parte I, cap. 5, pág. 1133.

¹² HORACIO, *Odas* III,3, Espasa - Calpe Buenos Aires, 1946, PÁG?

Hacerse hombre en el mundo, en el Siglo de Oro, suponía asumir y comprender un nuevo orden, en el mundo natural y en el mundo social. Laín Entralgo sintetiza la antropología renacentista en tres puntos: la dignidad natural, la individualidad, y la libertad humana. Sin duda, los tres están presentes en los textos de los humanistas (Recordemos aquel paradigmático de Pico della Mirándola en el que el hombre aparece como “soberano artífice” de sí mismo, elemento trascendente en la nueva dignidad), en la literatura, en el ambiente espiritual del momento, y en la individualización de la figura humana trabajada por los artistas de la época. Escuchemos a Sancho, hablando con el canónigo, el cura y el barbero, en los capítulos 47 y 50, cuando vuelven de la segunda salida:

...ni soy hombre que se dejaría empreñar del rey que fuese, y, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula...¹³.

No sé esas filosofías, mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo: y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear; y no teniendo más que desear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro¹⁴.

Queremos destacar, de lo señalado por Laín Entralgo, la libertad, vivida en el Renacimiento ónticamente, desde la propia existencia: “libertad de...”, en la vida intelectual, en la vida individual, en lo social. El hombre sería más que un animal racional, un animal *liberum*. En el acto libre y de voluntad es donde se confirma y manifiesta lo que es esencial y determinante del hombre. “Querer y actuar” sería más trascendente y digno para el ser humano como tal que “pensar en”. En la novela cervantina, tanto el caballero como su escudero ejercitan y reflexionan sobre esta libertad.

En este marco que acabamos de plantear sobre la “empresa de ser hombre”, Alonso Quijano con su acto voluntario y fundacional del capítulo primero y que se confirma en el curso de su existencia, se va haciendo en su hombredad,

¹³ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso...*, parte I, cap. 47, pág. 1353.

¹⁴ CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso...*, parte I, cap. 50, pág. 1365.

y morirá (luego de otro ejercicio de voluntad) “muy persona”, parafraseando a Baltasar Gracián¹⁵. Otra victoria del personaje.

Pero se es sujeto con y entre los otros; y el escenario se vuelve complejo y desazonante. Para intentar explicar al personaje y su relación con el entorno han surgido en la crítica conceptos como: perspectivismo múltiple (incluso a través del lenguaje), realidad ambigua, polivalencia, locura, ya que aparecen enfrentadas más de una visión acerca de la realidad y de la verdad. Así también las diferentes opiniones que Sancho recoge sobre don Quijote, una vez que se saben personajes de una historia: “loco pero gracioso”, “valiente pero desgraciado”, “cortés pero impertinente”, sabremos en el capítulo 2 de la segunda parte.

Al analizar al personaje y su entorno, creemos acertada la visión de Juan Ramón Resina en la obra ya citada, cuando estudia aspectos de lo cotidiano en el personaje. Tenemos un hombre que no se diferenciaba mayormente en su estamento social (“un hidalgo de los de...”, dice Cervantes); ya maduro, compartía con sus amigos un sistema de relevancias que incluía una pacífica vida aldeana, y a la que renuncia voluntariamente, sustituyéndola por un nuevo curso vital, una nueva jerarquización de relevancias, a partir de una Ley ya escrita (la de la caballería), y de la que elige ser signo. Recuerda Resina que a partir de ese cambio, el protagonista debe coexistir con el otro sistema jerárquico de intereses o de valores, el de los demás (que tampoco es unívoco). ¿Es posible –se plantea– que alguno de los sistemas pueda ser modificado por el otro?. La acción del protagonista y la de los demás personajes se vuelve así proselitista: “para reintegrar a un apóstata”¹⁶, algunos; confirmar lo que ha leído, en su intervención en el mundo para convertirlo, el hidalgo.

Y concluye Resina que la posibilidad de “compenetración de su mundo con el de los demás depende de la existencia de experiencias comunes”¹⁷ a ambas partes; que sean apropiables y relevantes para todos. La victoria podría darse al dejar de lado la búsqueda de legitimación –imponiéndolo– de un sistema que en realidad es ideal. Es una lucha ideal, pero que no deja de ser un acto de voluntad individual.

Es justamente en esa posibilidad de compenetración con los otros, a través del diálogo, que Alonso Quijano/ don Quijote va vivenciando la posible legitimación. Especialmente, aunque no en forma exclusiva, la convivencia y comunicación con Sancho le permiten ese aprendizaje vital, en una relación

¹⁵ GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*, “Crisi 11”.

¹⁶ RESINA, Joan Ramón, *Los usos...*, pág. 213.

¹⁷ RESINA, Joan Ramón, *Los usos...*, pág. 213.

que se va construyendo y ahondando a lo largo de la narración; y es la diferencia esencial y más notable entre la novela cervantina y la apócrifa de Avellaneda.

Baltasar Gracián en *El Criticón* (y Cervantes en su novela) representa al mundo con dos puertas: una para entrar, la del Engaño; y otra para salir, la del Desengaño, que hacía ya inútil toda experiencia. Por el contrario creemos que en el capítulo final de la novela, parte de la victoria del personaje, de la culminación de su “hombredad”, es hacer útil la experiencia y no sentir que el hombre “es una pasión inútil”, sino un ontopoeta.

Y en la conclusión, citamos nuevamente a J. R. Resina para afirmar que el curso de la vida de nuestro personaje como caballero andante,

hace posible la creación de un espacio común basado en experiencias compatibles. Lejos de significar la tolerancia hacia una disposición relativista, implica la creación de un mundo compartido donde sean posibles los encuentros. Propiamente, el mundo único, pues no hay otro fuera de éste, predicado colectivamente (...) La verdad es producto de su propio vivir en constante fricción con los objetos e individuos que no comparten su subjetividad¹⁸.

Alonso Quijano sabe finalmente que esto se cumple, a pesar de los magos y bachilleres que pueblan el mundo. 🍷

¹⁸ RESINA, Joan Ramón, *Los usos...*, pág. 220.